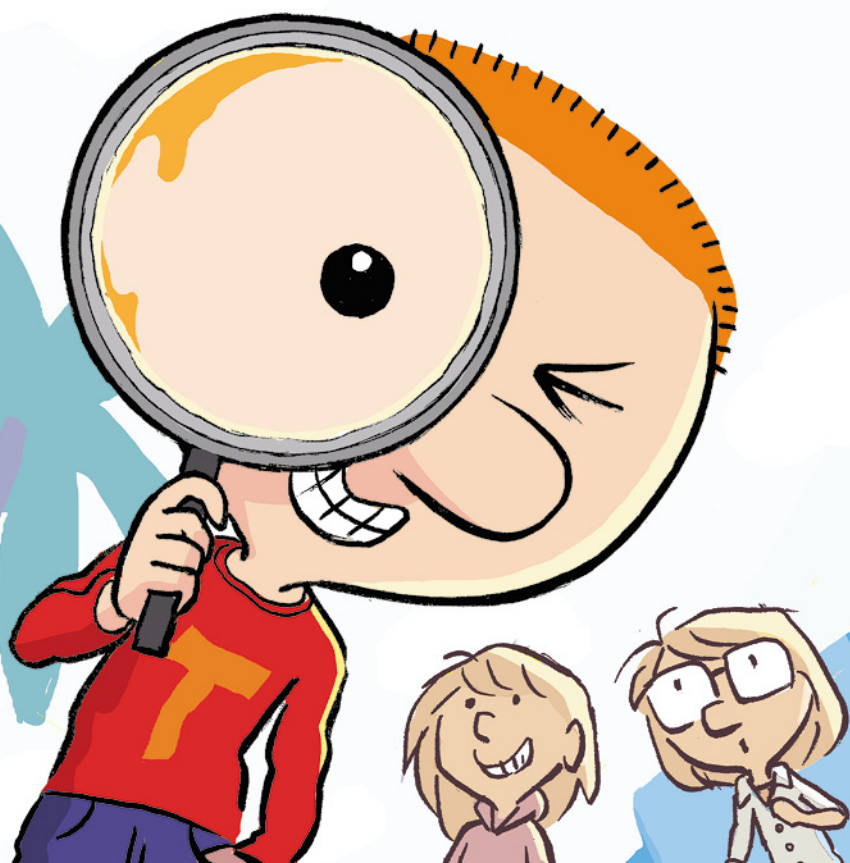


algar  COLECCIÓN CALCETÍN

# Los misterios de Tachín

Lucía  
Baquedano

Ilustraciones  
Jacobo  
Fernández





## El vecino nuevo

A Tachín no le caía bien, pero el caso es que les caía bien a todos.

Cuando el portero les dijo a las vecinas que don Anselmo Robledales se iba a ir a vivir al primer piso, pareció que todas se volvían locas.

A él le extrañó porque, aunque Mercedes, Víctor y él siempre estaban deseando conocer a los vecinos nuevos, a ninguno de

los mayores les importaban mucho. Pero con don Anselmo fue diferente porque era un hombre importante. Lo conocía toda la ciudad. Cuando ocurría algo especial, los periodistas iban a su casa a preguntarle su opinión y después lo contaban en el periódico. A veces hasta salía en la televisión, y entonces las madres hacían callar a todos para escucharlo, porque era tan listo que entendía de todo.

—¡Qué hombre, qué hombre! —exclamaba la abuela.

Y, cuando el abuelo decía que no era para tanto, ella le contestaba algo tan raro como «si la envidia fuera tiña...».

Como era tan admirado, los vecinos no hablaban de otra cosa. Hasta Mercedes dijo que su madre iba a proponer que se cambiara la alfombra del portal y doña Manuela,

la maestra jubilada del quinto, que siempre se negaba a todo, quería poner jardineras nuevas, porque, viviendo aquí don Anselmo, raro sería el día que no hubiera cámaras de televisión en la escalera, y ya nunca volvió a decir que tendrían que despedir a Demetrio, el portero, porque era el único portero que quedaba en la zona, y eso era un lujo.

Cuando el abuelo se enteró, dijo que quería dejar bien claro que él votaría que no mientras la comunidad de vecinos siguiera prohibiendo los perros. Era una lástima que al abuelo le hicieran tan poco caso, porque Tachín estaba seguro de que, si no fuera por los de la comunidad, él le compraría uno.

El caso es que cambiaron la alfombra y las jardineras, y, como si el nuevo vecino hubiera estado esperando a que todo fuera elegante

para venirse a vivir aquí, llegó un camión de mudanzas, pusieron una grúa en el primer piso y empezaron a subir muebles.

Como Tachín lo vio el primero, llamó por el balcón a Víctor, que era su amigo y, además, iba a su mismo colegio, y a su hermana Mercedes y lo pasaron muy bien viendo subir el frigorífico, el sofá, una mesa grandísima y un armario.

—¡Un frigorífico! ¡Un sofá! ¡Un armario!  
—gritaban cada vez que llegaba al piso de abajo alguna de las cosas de don Anselmo. Hasta que salió al balcón la madre de Mercedes y Víctor y les dijo que o dejaban de gritar o entraban a casa.

Tachín no entendía que le pareciera mal, ya que solo estaban diciendo lo que subía la grúa, y pensó que era injusto que los riñeran por todo.

Menos mal que su abuelo era estupendo y, cuando le contaron lo de la madre de Víctor y Mercedes, les dijo que aquello tenía arreglo. Les dio dinero para que bajaran a la panadería a comprar bollos y les guiñó un ojo.

—Desde la calle se ve todo fenomenal. Digamos que en primera fila —les dijo.

Así que bajaron y estuvieron un rato tan largo mirando que cerraron la panadería y el pobre abuelo se quedó sin los bollos. Pero no se enfadó cuando le contaron que habían estado en el portal porque había allí cientos de cosas de don Anselmo, y los de las mudanzas les habían dejado ayudar a meterlas en el montacargas, porque eran cosas pequeñas que no querían subir con la grúa. Cuadros, sillas y cajas que pesaban mucho.

—¡Eh, chavales! ¡No toquéis las cajas! Esas

cosas no son para vosotros. Debe de ser ahí donde están los legajos –dijo Demetrio dándoles un empujón.

Tachín y sus amigos no tenían ni idea de qué podían ser los legajos, pero seguro que eran algo bueno, porque los cargó él mismo dándose mucha importancia.

–Aquí se guardan grandes secretos sumariales –le dijo a don Francisco, el del cuarto, que salía del ascensor cuando el portero metía la última caja.

Y también don Francisco se quedó muy impresionado, porque don Anselmo es juez y eso impone mucho.

A la mañana siguiente, cuando Tachín estaba desayunando, llegó Fefa, que los ayudaba en la limpieza de la casa, con otra señorita rubia guapísima que llevaba en la mano un cubo azul, y Fefa dijo que aquella





era Alejandrina, una amiga de su pueblo, que iba a trabajar en casa de don Anselmo.

–Como todavía no les han dado el agua y quiere empezar a limpiar los baños, le he dicho que puede llenar aquí el cubo.

En cuanto lo oyó, la abuela se puso tan contenta. Le preguntó si quería el agua fría o caliente, si tenía suficientes productos de limpieza, y le hizo prometer que subiría a pedir cualquier cosa que echara en falta. Quería que se lo dijera también a don Anselmo.

–No te ha faltado más que ofrecerle mi bata y mis zapatillas –dijo el abuelo.

Se notaba que estaba de muy mal humor, aunque a Tachín le parecía que no era para tanto, porque, además de que la abuela no le había ofrecido ni su bata ni sus zapatillas, no creía que las hubiera querido, porque,

además de que su abuelo las llevaba puestas, la bata estaba muy vieja.

Pero la abuela no le hizo caso, porque Fefa le estaba contando que, como Alejandrina tendría las tardes libres, se había matriculado en la misma academia que ella para estudiar, y que, además, pensaban salir juntas los domingos.

Tachín se puso muy contento de que su Fefa fuera amiga de Alejandrina, la de don Anselmo, y, como ya era la hora del colegio, salió corriendo para contárselo a sus amigos.

Pensaba que bajaban en el otro ascensor. Hasta le pareció que los había oído hablar, así que cuando salió corrió hacia ellos.

—¿Sabéis una cosa? Que Fefa es amiga...  
—empezó a decir.

Y no dijo nada más, porque no eran ni Víctor ni Mercedes quienes iban en el otro

ascensor, sino un hombre alto, que tropezó con él y dejó caer un montón de papeles que llevaba en la mano al querer abalanzarse sobre su maletín, como si tuviera miedo de que se lo quitaran.

—¿Es que tus padres no te han educado?  
—dijo.

Era el mismo don Anselmo que salía a veces en la televisión, pero parecía otro, porque no sonreía ni tenía amable la voz, y lo miraba con una cara tan seria que Tachín se echó a temblar.

Se agachó para recoger sus cosas y justo entonces se dio cuenta de que no era simpático, porque le quitó los papeles con muy malos modos y después le preguntó el nombre de su padre.

—Seguro que piensa ir a tu casa para quejarse —dijo Víctor cuando se lo contó.



Don Anselmo no subió, pero Tachín tenía tanto miedo que, cada vez que lo veía, procuraba pasar a su lado sin hacer ruido para que no se fijara en él y olvidara que por su culpa se le habían caído al suelo todos aquellos papeles tan importantes.